

## EL ESCANDALO

Carmelo Vilda

**Los films-cortometrajes de Carlos Oteyza (Cúa, 1978; Chuao, 1979; Santa Elena de Uairén, 1980; Miami Nuestro, 1981; y La Isla, 1983) se caracterizaban por el afán de acercarnos a la historia pasada o presente de nuestra cultura con actitud indagatoria. "Oteyza no deja nunca de editorializar", escribía el crítico Julio Miranda. El Escándalo, 1987, su primer largometraje, también urde la trama a partir de un acontecimiento histórico-jurídico sometido a pesquisas y verificaciones.**

**Pero, más que un sumario policíaco sobre el polvoriento caso de los petroespías, El Escándalo es documento interrogatorio sobre la conducta del venezolano ante el dinero y simultáneamente la gran metáfora del país estremecido por el "Viernes Negro".**

**No se refiere por tanto al delito de comercializar la información confidencial sino a la erosión ética nacional en una de las coyunturas históricas de mayor degradación ante el dinero. La última secuencia que anuncia el perdón de los implicados "por falta de pruebas" provoca en el espectador la mueca risueña de quien ya intuía el final. ¡Lo de siempre, en este país la cárcel es sólo para los pendejos!**

La película recrea todo esto con lucidez, pero inventa espacios de ficción para que se puedan manifestar también los sentimientos. Fue un acierto la interpolación de Julia (Corina Azopardo). Falta al argumento la consabida pareja. Precisamente las dos historias paralelas: Antonio hacia el despeñadero de la venalidad y Julia hacia el crecimiento profesional (directora de un Centro de Niños excepcionales) expresan con mayor elocuencia el derrumbe moral del ejecutivo que sucumbe ante el brillo del dinero. No se trata de un antagonismo moral o de una contraposición conductual sino más bien de dos contrastes culturales. Antonio y Julia viven dos modelos culturales divergentes. El sucumbe ante la cultura del ascenso social, de la apariencia, del "american way of life". Ella, ante la cultura de los sentimientos, de la honradez tradicional.

No deja de tener valentía afrontar la osamenta del "tabú petrolero" en su aspecto gerencial. Y no deja de ser igualmente eficaz y satisfactorio haber sabido tratar el tema con interés, tensión e intriga fílmica sin caer en la parodia o en el pasquín demagógico. Despojar a la Industria Petrolera Venezolana de su halo immaculado y de su eficacia ejecutiva, para dejar al aire la corrupción y trcalerías que transitan por sus caminos implica asumir de nuevo el cine como caja de resonancia del país y como conciencia editorializada. Oteyza no ha roto con su pasado, más bien lo confirma con mayor obstinación y madurez.

Las propias declaraciones del Director confirman la tesis:

"Quiero que sea el documento de la Venezuela del boom petrolero, pero eso no se dice, eso se ve. En un país donde se busca un contacto hasta para sacar la cédula o conseguirle un cupo al niño en tal colegio, o donde cualquiera se mete un billetezo en una sola negociación, es difícil decidir el límite entre lo anecdótico de esa política del contacto y una componenda. El personaje central se maneja en medio de millones. Le ofrecen comisiones por pasar información y lo seducen con las maravillas del mundo de los ricos. ¿Por qué no aceptar retribución? ¿Dónde está la fron-

tera entre lo honesto y lo pendejo? Si todo el mundo lo hace ¿por qué yo no? Le pasó el tren del boom petrolero por el lado y su dilema fue ¿me montó o no me montó? Todo hombre tiene su precio. Ese personaje puede ser cualquiera de nosotros". (Entrevista con Valentina Quintero, El Nacional, 10-05-87).

No somos por consiguiente espectadores de una película que asume ese tradicionalismo criollo identificado con una Venezuela, hace tiempo rebasada, de sombrero de cogollo, alpargatas y música de joropo. Ni de esa Venezuela picaresca y festiva como nos la describió Alfredo Anzola en "Se solicita muchacha de buena presencia y motorizado con moto propia". Tampoco de la Venezuela malandra, la del revólver o chuzo de Clemente de la Cerda (Retén de Catia). En El Escándalo no hay metralletas ni carros que huyen a la velocidad del crimen. No aparecen los consabidos Policías Metropolitanos pazguatos y provincianos. Aquí la delincuencia es manejada por ejecutivos que comen langosta, viajan a los Roques, beben Chivas Regal y adoman sus pent-house a lo "gringo". Sus robos, sin embargo, pueden socavar los cimientos económicos y democráticos del país.

Estos son los ingredientes que integran la textura de la película y enriquece los temas, planteamientos y estilos de la filmografía Venezolana. Ciertamente, Oteyza y su equipo, conforman una manera de hacer cine muy personal.

\*\*\*\*\*

Haber conseguido protagonistas humanos sin ninguna concesión a los estereotipos maniqueos del bueno, bueno y del malo, malo, facilita la verosimilitud e identificación con el film. Antonio Campos (Flavio Caballero) puede ser perfectamente uno de esas ciudadanos con quien tropezamos al salir del cine o del metro o al trotar por el Parque del Este. No hay en ellos nada épico, mucho menos lírico. No es un camaleón sexual, ni porta revólver. Vive inmerso en esa cotidianidad que imprime el férreo horario laboral. Flavio da la talla de ese personaje clase media emergente.

Representa al venezolano petrolero, espoleado por la tentación de una rápida movilidad social. Vive, sin embargo, a horcajadas entre los valores de la sociedad austera, rural y moralista que lo engendró.

Julia de Campos (Corina Azopardo) no se ha dejado seducir por los espejismos del ascenso social. No lo hace por ascetismo o razones morales, sino por esa templanza y razón de ser de nuestras gentes. Julia pertenece a la Venezuela buena, honesta y trabajadora que no se deja deslumbrar por la pirotecnia del saudismo criollo. Aporta con simpatía y trabajo el segmento de la honestidad.

Las dos historias divergentes constituyen no sólo la polarización del desarrollo dramático sino también la contraposición de las actitudes éticas. Tanto Corina como Flavio supieron expresar las temperaturas progresivas de sus personajes. Tal vez la petición del "divorcio" por parte de Julia, después de la fiesta, aparece un tanto inmadura y precipitada, considerando el hilo de su conducta anterior.

El Príncipe (J. M. Montesino) y Aroldo (Daniel López), completan con su talante, botarate y bonchón el primero y con su cinismo el otro, el espectro de los principales actores del drama. Los cuatro actores conforman un grupo compenetrado donde cada uno aporta con medida, equilibrio y sin altibajos la dimensión de su personaje.

\*\*\*\*\*

El Escándalo no es ciertamente una película experimental. No hay en ella alardes técnicos o sutilezas narrativas.

Tampoco el montaje se apoya en transposiciones cronológicas o ritmos efectistas. La historia es narrada linealmente, con claridad, fragmentada en secuencias más o menos digestivas para que cada una de ellas se explique por sí misma. El primer largometraje de Oteyza no exhibe ninguna audacia formal. Ha preferido la seguridad de lo rectilíneo y horizontal.

Pero esta elección tiene su contrapartida. El montaje parece primitivo y fácil. Sacrifica el riesgo en aras de la simplicidad. Ninguna cabriola acelera, inquieta o presiona la acción. Por eso tarda en atrapar al espectador y resulta morosa la presentación de los diversos personajes.

Falta esa secuencia inicial, el arte del "In medias res" de la dramática que cautiva desde los umbrales el interés y ofrece a la vez ciertas claves que se van esclareciendo posteriormente. Extraña, por demasiado evidente, la pretensión radicalmente lineal y plana del planteamiento fílmico. Menos mal que la vivacidad, ironía y precisión del guión contribuye a la comprensión del relato y le otorga interés. El haber eludido la tentación no sólo maniquea sino también moralista lo exime de cualquier lastre predicador, requisitorial o panfletario. Julia, por ejemplo, no predica nunca a Antonio como conciencia moral sino como mujer-esposa insatisfecha.

La variedad y belleza de los escenarios (Los Roques, restaurantes lujosos, calles de New York, campo de golf) sacan la trama de los interiores monótonos (oficinas petroleras) y abren espectáculos de luz, color y hermosura.

Las imágenes expresan la plasticidad lujosa que envuelve al negocio petrolero, favorecida por una fotografía

#### FICHA TECNICA

<b>Dirección:</b>	Carlos Oteyza
<b>Guión:</b>	J. J. Cabrujas - C. Oteyza
<b>Producción:</b>	Antonio Almeida
<b>Montaje:</b>	Freddy Véliz
<b>Fotografía:</b>	Hernán Toro
<b>Música:</b>	Pablo Manavello
<b>Actuación:</b>	Corina Azopardo, Flavio Caballero, J. M. Montesinos, Dioní López
<b>Estreno:</b>	Mayo, 1987.

que, iluminada con tonos eficazmente controlados, contribuye a la atmósfera general de severa diaphanidad.

La cámara se mueve sin vértigos. Más que sobre los mismos personajes, acampa y se recrea en sus símbolos fetichistas. Para los "cosificados ejecutivos" el medio, "el look" es el mensaje (apoteosis de la apariencia, de lo exterior, de las formas sobre los contenidos). ¿No se cambia hasta la esposa por la amante porque ya no "da nota", o porque su rostro no está ya a la altura del cargo que ostenta el marido?

Me agradó la consistencia de este aspecto fundamental. Es obvio que la cultura "gringa" ha perforado el modo de vivir de nuestros gerentes. Me refiero no sólo a la fisonomía formal (carro, vestimenta, apariencia, vivienda, deportes) sino también a la anticultura que se nutre de lo cosmopolita, de lo artificial, vistoso, exterior y desarraigado.

Todo esto tiene que ver con el equipo de producción cuyo trabajo detallado ha sido muy eficaz y sobre todo coherente. Hay sintonía entre personajes, texto y ambiente. Fueron muy bien escogidos los lugares y símbolos. Hasta los parajes por donde caminan los ejecutivos (El Avila) se nos ofrecen desde perspectivas inéditas y fascinantes para los caraqueños.

\*\*\*\*\*

Quedan, como hermosos cuadros fílmicos, la sobrecogedora celebración del cumpleaños y el viaje en helicóptero sobre Caracas. Cuando el Príncipe (J. Montesinos) va descubriendo las zonas tóxicas de la ciudad, no sólo revela su irreverencia, jocosidad y desparpajo ante el "acervo nacional" sino también el desarraigo cultural de estos ciudadanos cosmopolitas sin más patria ni hogar que el dinero y el bienestar que produce.

El Director conoce muy bien los vericuetos de esta cultura. Por eso, tal vez, ha sabido exponerla y denunciarla.

